

Considerando al Rey prusiano como capaz de quedarse con las armas lo que pedía en sus notas, Catalina temió concluyera cualquier trato con los revolucionarios franceses, imponiéndole por fuerza todo aquello que debía dar ella de grado. Así designó al Austria como compensación las ilusorias conquistas en Francia y llegó á una inteligencia con Prusia. En esta inteligencia se resolvió que Prusia tuviera Thorn, Danzing, el país de Posen, de Halich, de Plok, mil sesenta y cinco millas cuadradas con millón y medio de habitantes, mientras Rusia los palatinados de Kief, de Volhynia, de Podolia, de Vilna en parte, mil quinientas millas cuadradas con tres millones de habitantes. La coalición, azuzada por los reyes, cometió un crimen, con que no había soñado nunca en sus mayores fiebres y en sus mayores delirios la revolución tan maldecida.

¿Teníamos razón al decir que Pitt, incorruptible, resultaba un corruptor, quien, desde los comienzos del proceso de Luis XVI, propendiendo con sistemática propensión á las coaliciones reaccionarias? El desmembramiento de Polonia pudo haberse hecho, pero sin su complicidad. ¿Quién mata, el asesino, que clava un puñal en su víctima, ó el malvado que paga este asesinato? Pitt se presenta delante del tiempo y de la Historia, como cómplice del crimen perpetrado en Polonia y como fomentador de la inmoralidad vergonzosa y cruel que reinaba sobre Nápoles entonces y que llevó el terror blanco de los reyes á extremos donde no llegara el terror rojo de los pueblos. Sin grandes pasiones que lo divirtieran del objeto capital de su vida; con la patria por todo culto político; trabajador de primer orden y empeñadísimo en el trabajo; Pitt estaba por todas partes al mismo tiempo, con especialidad estaba en Nápoles; y al fin de la centuria última, Nápoles presentaba un aspecto moral tan repugnante como el que tenía en tiempo de Tiberio, cuando desde los riscos del cabo Miseno hasta los riscos del cabo Minerva, se dilataba una inmensa mancebía, y el tirano, comido por sus cancerosas pupas, yacía en lo alto de Caprea soñando con el tormento y con el exterminio de toda la humanidad. Reinaba por aquella sazón, á fines del siglo pasado, en las dos Sicilias, una hija de María Teresa, hermana de María Antonieta. Nunca el vicio se mostró tan descarado y vergonzoso como en esta mujer increíble. María Luisa misma, la manceba de Godoy, parece una mujer honrada cuando se la compara con María Carolina de Nápoles. Y en esta mujer dominaba Pitt por dos agentes suyos, por Acton, irlandés inscrito en su policía secreta, y por Emma, una hija del país de Gales, mujer prostituida y viciosa, cuyas prostituciones y cuyos vicios la empujaron hasta casarse con Hamilton, el embajador de Inglaterra en Nápoles, y ejercer un imperio sobre María Carolina de Austria, esposa de un Borbón, como el imperio ejercido por la princesa Lamballe ó por la princesa de Polignac, sobre María Antonieta de Austria, esposa de otro Borbón, ciertamente no tan imbécil como el Borbón de Nápoles. Parece imposible; pero Carolina, por su favorito Acton y por su favorita Emma, perteneció en absoluto á Inglaterra. ¡Qué mujer la reina Carolina! Michelet cuenta que allá, «en las gale-

rias artísticas del palacio real de París, desgraciadamente destruídas, todo el mundo pudo ver en su bellissimo busto italiano, la imagen de esta napolitana Mesalina. Cualquiera observador, viéndola, se veía obligado á decir: He ahí la imagen misma del vicio. Sobre aquella cabeza sensual y baja, henchida de pasiones furiosas y de lujuria desenfrenada, podía decirse y jurarse que no ha mentido la Historia.» Yo recuerdo haber visto un retrato de Carolina en Caserta. La impresión que me produjo fué una extraña impresión de terror; le tuve miedo; parecíame que nuevamente iba tamaña furia increíble á matar liberales y demócratas en los floridos jardines y en los celestes mares de Parthenope. Así me recordó una lejana emoción de mi niñez. Iba yo, de muy niño, una noche de invierno muy oscura, por las calles del pueblo donde me he criado, á mi cátedra de latín, y dí de mangos á boca con un ladrón y asesino, que acababa de robar y de matar, no lejos del sitio donde nosotros estudiábamos, á un viejo y respetable sacerdote. Tal asesino iba disfrazado de mujer, y bien puede imaginar quien leyere que su aparición terrible no se ha despintado ni por un minuto de mi memoria fidelísima. El traje de mujer, llevado como lo llevan los hombres y los hombres muy varoniles y robustos; el paso aceleradísimo de quien huye, como suelen huir todos los Caines, del castigo y del remordimiento; la expresión de aquellos labios contraídos por el asco de sí mismo; la vista de aquellos ojos que chispeaban odios; el puñal ó daga todavía en la mano enrojecida; el paso vacilante como si la sangre derramada se le hubiese subido á la cabeza y emborrachándolo; por toda luz sobre su figura una triste lamparilla colocada de antiguo ante la imagen de un santo: he ahí lo que aquella noche triste ví y lo que me recordó la imagen de Carolina, por natural asociación de ideas, pues aquella terrible lesbiana, verdadero marimacho, parecía mi asesino de marras disfrazado de mujer.

El odio á Francia de Carolina ciertamente no databa del tiempo revolucionario; databa de más lejos. En un hambre sufrida por las dos Sicilias, Carolina rehusó el socorro de un barco lleno de trigo que le mandaba el Rey de los franceses. Mala por su natural, mala por su educación, mala por su política, era peor, mucho peor aquella perversísima mujer por sus amistades y por su corte. La embajadora inglesa Emma, nacida en los arroyos de las calles; criada en los vicios de la prostitución; paisana del país de Gales, pero con todas las corrupciones de las más corrompidas ciudades; mujer pública primero, favorita de potentados luego; encontré con un sobrino de lord Hamilton en sus correrías escandalosas por las calles y los paseos napolitanos, el cual sobrino la vendió á su tío, embajador de Inglaterra en las dos Sicilias, como hubiera podido vender una yegua; y el tío la hizo su mujer, después de haberla hecho su querida. Nada tan terrible como la prostitución puesta en las alturas del Estado. Cambió Emma de posición y cambió de fortuna; pero no cambió de naturaleza. Bajo los artesonados de aquellos risueños palacios, sobre los pavimentos de mármoles y ágatas, entre los esplendores de la corte fué tan bribona y estuvo tan

prostituída como en los arroyos de las calles. Hinchida de voluptuosidad y sin vergüenza ninguna, escandalizaba con escándalos continuos aquella población, poco escrupulosa, por la desnudez de sus formas, desnudez tal, que parecía un ataque sistemático á las costumbres públicas. Sus brazos de labradora, su cuello de marfil, su seno de Venus, la tentaban á presentarse como una vacante nueva en el campo de las antiguas clásicas bacantes. Así el vino, así la orgía, así las navegaciones orgiásticas á lo Agripina, reproducíanse por completo en la bahía de Parthenopea, como si perdurasen los tiempos del antiguo romano imperio. Para Emma Nápoles no era más que un teatro de sus vicios, donde había encontrado la voluptuosidad, nativa en ella, el más espléndido y más natural escenario. Cada día se mudaba tres ó cuatro veces de traje; cada noche bailaba en locas danzas, teniendo la copa de rebosante vino en las nerviosas manos; su vez acompañaba su danza; ella inventó aquel baile de los chales que tanto favor tenía en el ánimo de la Reina, no menos prostituída y no menos voluptuosa bacante; nadie á la mano les iba ni á la una ni á la otra. De la opinión reñanse ambas á mandíbulas batientes. Si algún desdichado las criticaba, seguía la muerte á su crítica. Sus dos maridos ni siquiera se curaban de ninguna de ellas, ocupado el Rey en cuidar sus kanguros y en pescar á caña; ocupado el embajador en hacer excursiones por el Vesubio. Así, lo manchaban todo aquellas dos prostitutas á su guisa y gusto. Las primeras familias napolitanas veíanse constreñidas á formar una especie de sacerdocio en aquellos templos de Pasifae; las damas de mayor virtud tenían que ir á la corte y bajar ante aquellos vicios su cabeza, prestándoles forzosos homenajes, si no querían ver a sus esposos muertos y si no se querían ver ellas enterradas vivas. Y Emma con toda su belleza, con todo su lujo, con todas sus danzas y canciones, con todas sus influencias palaciegas incontrastables, colocada junto al trono por el cariño brutal de Carolina, rodeada de príncipes y magnates como si reinase real y directamente, agasajada por toda suerte de homenajes y mantenida por toda suerte de tributos, no era más que una espía horrible, una espía encargada de mandar á Pitt las más minuciosas noticias sobre lo que se pensaba y se decía en la corte de Nápoles; oyendo por las puertas toda conversación que creía interesarle; abriendo las cartas secretas de los Reyes, como si participase de su poder y autoridad; asistiendo á los consejos de la Corona, como si por derecho propio reinase, sin curarse del escándalo que movía, ni saber en su encallecida conciencia los crímenes que perpetraba. He ahí los instrumentos de la coalición; he ahí por qué tantas veces hemos dicho cómo Pitt podía ser todo lo incorruptible que se quisiese; pero que también era el primero de los corruptores. Se necesitaba mucho estómago y poca conciencia para valerse de un instrumento como lady Hamilton, quien fuera la triste Locusta del partido liberal italiano rodeada de tantas víctimas como cualquier Emperatriz asesina en los últimos tiempos del romano imperio.

Los secretos revelados por las infames delaciones de aquella criminal Emma costaron

muchos intensos dolores á muchos grandes pueblos; á nosotros mismos, los españoles, de quienes fuera enemiga siempre, así en los consejos del maquiavélico estadista Pitt como en los consejos del imbécil Rey Fernando. Habitando los mismos departamentos habitados por la Reina en el palacio de Nápoles y en el palacio de Caserta y en los demás palacios reales; asistiendo á sus comidas siempre; acostándose en su mismo cuarto; no había carta secreta que dejase de leer Emma, ni misterio diplomático que dejara Emma de conocer. La batalla de Abou Kir nunca se ganara por los ingleses, de no contar con tal activo agente como aquella infame mujer pública. Ella consiguió de Nápoles que diera viveres con toda clase de pertrechos á la escuadra británica; ella supo, merced á imprudentes cartas del Rey Carlos IV, que no agradaba mucho á España el trato y alianza con los ingleses, haciéndonos pagar bien caros nuestros escrúpulos y nuestras resistencias. Pero lo que más la ennegrece y más la ensangrienta en los anales de la humana Historia, es la participación tenida por ella en las venganzas que de los liberales italianos tomó la Reina de Nápoles, en cuanto pudo sobreponerse á la libertad y á la República. Emma fué un Marat con faldas. Las matanzas de Septiembre, que todavía pesan sobre la República, se repiten y se agravan en la monarquía napolitana por los odios y los furores de aquellas dos furias, las cuales se asentaban juntas bajo el solio de Nápoles. Las aguas del mar se tiñeron de sangre humana entre Parthenope y Palermo; Emma pudo tomar todos sus desquites, satisfacer todos sus rencores, extinguir toda su sed inextinguible de sangre, porque había seducido y encantado al brutal marino Nelson, quien, magüer su valor, parecía, en presencia de la infame querida, un borrego, y magüer su orgullo británico parecía un perro de terranova echado á los pies de aquella vengativa é infernal prostituta. Tuerto, manco, feo, especie de tiburón acostumbrado á la guerra y á la matanza, Nelson encontró en la bacante prathenopea mezclada la sangre celta del país de Gales con el voluptuoso ardor de las antiguas bacanales clásicas. Así condujolo aquella infame donde quiso, y lo condujo al crimen. Ella le hizo faltar á su palabra de caballero; ella le hizo perjurar sus juramentos de soldado; ella le hizo romper las capitulaciones firmadas por su mano; y le señaló, como pudiera hacerlo en sus tiempos Livia ó Agripina, los gloriosos mástiles británicos, para que sirviesen de horcas á los pobres liberales italianos: tan desastrada y desastrosa fué la vida de esa mujer, cuyo nombre mancha los últimos días del siglo pasado y los primeros días del siglo expirante. La República francesa no podía menos que irradiarse por la vieja Italia, tierra de las inspiradas democracias, convertida en tierra de los muertos. Y, entre los gobiernos italianos, á la verdad, no había ninguno tan detestable como el gobierno de los Papas. Toda teocracia será siempre opresora, porque no se contentará con dirigir las fuerzas físicas y morales del pueblo donde impere, querrá dirigir también las creencias interiores y alzará su trono de sombras en las intimidades del alma. La teocracia romana ciertamente no servía ni para gobernar, ni para defender á Roma, y menos

en época como aquella, cuando las ideas revolucionarias intensas corrientes eléctricas, avivaban las osamentas frías de los antiguos tribunos en las losas del Foro y en los desfiladeros del Aventino. A pesar de aquella policía recelosa, de aquellas aduanas aisladoras, de aquella inquisición que ponía un círculo de fuego en torno del sacro territorio romano, las grandes aspiraciones republicanas surgían en el campo natural de la República, no extirpadas del todo, en veinte siglos seguidos, ni por los Césares ni por los Pontífices. Mas, á medida que una grande aspiración republicana latía en algunos espíritus superiores, el gobierno pontificio agravaba sus persecuciones, valiéndose del confesonario y del confesor, como esbirros que penetraban, no sólo hasta el seno de los hogares, hasta el seno de las almas.

La romana tierra se os aparece á primera vista como la tierra de los subterráneos por excelencia. Las Catacumbas de un lado; de otro lado las ciudades fúnebres extendidas por las entrañas de aquel suelo; aquí los dormitorios y los calabozos del gladiador; allí la cárcel mamertina del mártir; lo mismo en los jardines Vaticanos que en la montaña Palatina, inmensos pozos, profundos, como ahondadas minas, y húmedos como si hubiesen recibido evaporaciones de lágrimas, sitios propios del potro, del torcedor y del tormento. En cuanto se manifestaba una aspiración grande hacia la libertad, se caía en aquellos subterráneos donde los poderes muertos de la teocracia y de la reacción enterraban vivos á los italianos que sabían acariciar la libertad y el progreso. La cuestión de Roma y la política de Roma, resultaban, examinadas con serenidad, cuestiones interiores de Francia. Los peores emigrados realistas estaban en la corte pontificia. En ella tronaba la célebre Adelaide, tía del Rey Luis XVI, enemiga de Antonieta, pero facciosa y reaccionaria como nadie, pues, según malas lenguas, á los diez y seis años entregó su cuerpo virginal en incesto inmundo á las suciedades y porquerías de su sátiro padre, Luis XV, para derribar en Francia un gobierno reformador y progresivo. Con factores así en Roma no podía vivir la República de París. Lo mismo en la cuestión de los clérigos juramentados que en la cuestión de los facciosos vendeanos, Roma, por natural propensión de su carácter y de su temperamento, había propendido á lo peor. De antemano el Pontífice absolvía todos sus perjurios á Luis XVI, si estos perjurios redundaban en daño de la libertad. Así, el gobierno que provino del diez de Agosto no tuvo más remedio sino penetrar en Roma, y penetrar por la vía de Nápoles. Muy satisfactoriamente se comprende y explica, pues, todo cuanto en las dos ciudades habían hecho los diplomáticos y los soldados franceses. El diestro almirante Latuche recibió el mandato de ir á las aguas napolitanas, forzar el puerto si le cerraban el paso ó imponer á lo corte un ministro francés y el reconocimiento de la revolución francesa. Otro agente republicano se personó en Roma. Y tenía razón Francia. Desde Londres á Nápoles se dilataban una serie de intrigas palaciegas encaminadas á destruir la libertad universal, y en Roma estaba el foco de la universal reacción. Desem-

barcado Latuche con sus tropas en Nápoles envió un agente diplomático á Roma. Este agente no llevaba un soldado, á pesar de las dificultades que tenía su empresa. Llamábase Basville tal agente, y pertenecía de suyo al partido republicano conservador. Este carácter moderado y templadísimo, tan ajeno á las pasiones entonces reinantes sobre París, le obligó á un destierro voluntario, y en este destierro voluntario creyó no haber hacedero plan alguno tan útil para su patria como republicanizar á la Roma pontificia. Tal arresto resultó una verdadera temeridad. El gobierno pontificio se fundaba entonces sobre la ignorancia y la servidumbre connaturales al pueblo rey. Toda cadena histórica secular, perdurable, concluye formando un organismo, al cual se apegan las pobres muchedumbres como á su propio cuerpo. Así, el Papa contaba con feroces huestes en los terribles barrios trastiberinos y en la triste campiña romana. No tenía más que hacerles una indicación y soltarlos para que bajasen como lobos en busca de su presa. Y Basville entró acompañado de un solo amigo en Roma. Y Roma estaba henchida de las muchedumbres bárbaras y salvajes que oían á todas horas predicaciones contra Francia, y consideraban á los franceses como sacrilegos ó réprobos. Para mayor reto al pueblo, Basville y su compañero se habían puesto las escarapelas, cuyos colores atraían el cuchillo á la plebe romana como las ramas y las copas de los grandes árboles atraen el rayo. Aquellas divisas producían un efecto tal, que muchos romanos sensatos y cuerdos pidieron á los dos franceses por todos los santos del cielo quitarlas del sombrero y meterlas en el bolsillo. No hicieron caso y continuaron por las calles de Roma su camino en el coche que los había llevado desde Nápoles; y en este coche plantaron el pabellón de la República. Enarbolarlo y caer sobre los franceses una lluvia de piedras fué obra de un minuto. El cochero azota los caballos. Estos se desbocan y entran ciegos en el patio de un banquero francés. Allí se detienen. El portero intentó cerrar la puerta; mas no pudo conseguirlo y entraron en el patio las muchedumbres desalmadas. Un barbero cogió á Basville por la cabeza y lo degolló con su navaja de afeitar. Ante todas estas dificultades en Londres, dificultades en Berlín, dificultades en Viena, dificultades en Madrid, dificultades en Nápoles, dificultades en Roma, la República no tenía más remedio que sucumbir bajo el peso de aquellas infames coaliciones, ó resolverse por la guerra universal. Y por la guerra universal optó.